

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO¹

CAPÍTULO PRIMERO

Demandas de Éumenes y de los embajadores al Senado. – Contestación que reciben.

Al finalizar la primavera, llegaron a Roma Éumenes, los embajadores de Antiocho, los de los rodios y de todos los demás pueblos, porque después de la batalla casi todas las naciones de Asia, comprendiendo que su suerte dependía del Senado, designaron representantes. Todos fueron recibidos con grandes atenciones, y con especial distinción Éumenes, adelantándose hacia él y haciéndole magníficos regalos. Después de Éumenes, fueron los rodios los más obsequiados. El día de la audiencia penetró primero Éumenes en el Senado y le dijeron que declarase con absoluta libertad lo que deseaba. Contestó el rey que si tuviera que solicitar gracia de un amigo se aconsejaría de los romanos, por temor de desear algo contrario a justicia o pedir más de lo que conviniese; pero teniendo que pedir a los romanos, lo mejor, en su opinión, era dejar a discreción de este pueblo sus intereses y los de sus hermanos. Al oír estas frases, púsose en pie un senador y le dijo que nada temiese y manifestara con franqueza lo que quería, porque la intención del Senado era otorgarle cuanto pidiera; pero a pesar de las instancias que se le hicieron, negóse Éumenes a hablar más, y se retiró. Deliberó el Senado sobre lo que convenía hacer, y prevaleció la opinión de llamar de nuevo a Éumenes y apremiarle a que se explicara con libertad, puesto que había venido y conocía mejor que ningún otro los asuntos de Asia y lo que convenía hacer. Penetró el rey de nuevo en el Senado, habiéndole dicho alguno que le acompañaba lo que se había decidido, y viose obligado a decir su parecer sobre el estado presente de sus negocios.

«En lo que particularmente me concierne, dijo, persisto, padres conscriptos, en la decisión tomada de dejaros en plena libertad de decidir lo que os agrade. No puedo disimular, sin embargo, la alarma que me produce una pretensión de los rodios. Vienen ante vosotros con tanto celo y ardimiento por los intereses de su patria como yo por los de mi reino; pero el discurso que van a pronunciar ante vosotros describe las cosas de un modo distinto a la realidad y fácilmente os con-

venceréis de ello. Comenzarán diciéndoos que no han venido a Roma para pedir ni para perjudicaros en lo más mínimo, sino para lograr de vosotros la libertad de los griegos establecidos en Asia; agregarán que por mucho que les complazca este beneficio, será aún más digno de vosotros y de la generosidad que con los demás griegos habéis tenido. Esto en la apariencia es bellissimo, mas en el fondo opuesto a la verdad, porque si se da libertad a las ciudades, cual solicitan, su poder aumentará infinitamente, quedando el mío en cierta forma destruido. Desde que fuese pública en nuestra tierra esta determinación, el prestigio de la palabra libertad y la ventaja de gobernarse por leyes propias sustraerían de mi dominación no sólo los pueblos a quienes se otorgase este beneficio, sino los que antes me estaban sometidos, porque tal rumbo tomará el asunto: se creará que se les debe la libertad, los pueblos libres les prometerán alianza y, por reconocimiento a tan gran beneficio, se juzgarán obligados a obedecer cuantas órdenes de ellos reciban. Os ruego, pues, padres conscriptos, que os fijéis atentamente en este punto, no sea que por descuido acrecentéis demasiado el poder de unos, restringiendo imprudentemente el de vuestros amigos, y hagáis bien a los que contra vosotros han empuñado las armas, desdeñando o menospreciando al parecer a los que os han sido siempre adictos. En cualquier otra cosa que no sea en la amistad y cariño que he de profesaros mientras pueda, cederé de buen grado a quien pretenda mejor derecho, y lo mismo os diría mi padre si viviese. Fue el primero de asiáticos y griegos que buscó vuestra amistad y alianza, y fiel a ambas prosiguió hasta su último suspiro. Su alianza no se limitaba a puro sentimiento amistoso, pues no hicisteis guerra alguna en Grecia en que él no tomara parte: ninguno de vuestros aliados os ayudó con más tropas de mar y tierra y mayor cantidad de víveres y municiones, y ninguno arrojó mayores peligros. Hasta la vida perdió por vosotros, pues falleció mientras procuraba atraer a los beocios a su partido. Heredero de su reino, lo soy también de su afecto a los romanos. Ni puedo ni es posible amaros más que él; pero he hecho por vosotros más que él hizo, porque los acontecimientos sometieron mi constancia a duras pruebas. Inútil fue que Antíoco mostrase empeño en darme a su hija por esposa y participación en cuanto poseía, entregarme inmediatamente todas las ciudades que de mi reino habían sido desmembradas y contar conmigo en todas sus futuras empresas si me aliaba a él contra Roma: ninguno de sus ofrecimientos acepté, y lejos de ello, le he hecho la guerra con vosotros, auxiliándoos por mar y tierra con más tropas que ningún otro de vuestros aliados y, en los momentos de mayor apuro, más municiones que los otros. Sin vacilar arrojé con vuestros generales los mayores peligros y, en fin, por amistad al pueblo romano, me he visto encerrado y asediado en mi capital, a riesgo de perder corona y vida. Muchos de vosotros, padres conscriptos, conocéis de vista estos hechos, y nadie aquí los ignora. Justo es, pues, que atendáis a mis intereses con igual eficacia que yo defendí los vuestros. ¿No sería, por cierto, extraño que a vuestro enemigo Masinisa, por acudir a vuestro campo con algunos jinetes y seros fiel en la guerra contra los cartagineses, le hayáis dado por reino la mayor parte de África; que Pléurato, sin hacer jamás nada por vosotros, sea hoy por igual razón el príncipe más poderoso de Iliria, y que nada hagáis por mí después de las grandes y memorables empresas que mi padre y yo realizamos por auxiliaros? ¿Cuál es, finalmente, el objeto de este discurso y qué es lo que de vosotros deseo? Lo diré con franqueza, pues así lo deseáis. Si vuestro propósito es conservar algunas plazas de Asia a este lado del monte Tauro y que antes obede-

cían a Antíoco, os veré en ellas con singular placer. Teniéndoos vecinos y, sobre todo, participando de vuestro poder, reinaré tranquilo y convencido de que mi reino está resguardado de todo insulto. Pero si no queréis conservar nada allí, parecíame que a nadie mejor que a mí podéis ceder las comarcas conquistadas durante la guerra. ¿No es más digno, me diréis, dar libertad a las ciudades que estaban en servidumbre? Sin duda alguna, si no hubieran tenido la audacia de unirse a Antíoco en contra vuestra; y pudiéndoles echar en cara esta falta, más glorioso es devolver a vuestros amigos beneficio por beneficio que favorecer a vuestros enemigos.»

Así habló Éumenes, y se retiró. Su discurso conmovió al Senado, dejándolo muy dispuesto a hacer todo lo posible por satisfacer al rey de Pérgamo.

Quiso oír después el Senado a los rodios, pero estaba ausente uno de los embajadores, y se llamó a los de Esmirna, que probaron, con la referencia de gran número de hechos, su adhesión a los romanos durante la última guerra, y lo pronto que acudieron en su auxilio. Siendo notorio que de todos los griegos que viven en Asia con leyes propias, ningún pueblo mostró más ardimiento y fidelidad a Roma, inútil es referir aquí detalladamente cuanto en el Senado dijeron.

Penetraron después los rodios; comenzando por narrar los servicios hechos a los romanos, y sin extenderse en este punto, llegaron pronto a lo que a su patria interesaba. «Sensible es para nosotros, manifestaron, que la naturaleza de los negocios no nos permita opinar como un príncipe al que estamos estrechamente unidos. Creemos que nada pueden hacer los romanos más honroso para nuestra patria, más glorioso para ellos, que librar de servidumbre a todos los griegos de Asia, haciéndoles gozar la libertad, bien que los mortales anhelan como el mayor de todos; pero precisamente no quieren convenir en esto Éumenes y sus hermanos, porque la monarquía no consiente la igualdad entre los hombres, y pretende que todos, o al menos la mayoría, le sean sumisos y obedientes. A pesar de ello, no dudamos de que nos concederéis esta gracia, no por hacernos la ilusión de que tenemos con vosotros más crédito que Éumenes, sino por ser evidente que lo que pedimos es más justo y conforme a los intereses de los aliados. Razón habría para vacilar, si no pudierais demostrar vuestro agradecimiento a Éumenes de otra suerte que entregándole las ciudades con derecho a regirse por leyes propias, porque entonces tropezaríais en la dura alternativa de desatender a un príncipe verdaderamente amigo o faltar a lo que la justicia y el deber exigen de vosotros, oscureciendo o borrando por completo la gloria que con vuestras empresas habéis adquirido. Pero siéndoos fácil satisfacer a todos, ¿por qué dudar? Estamos aquí como junto a mesa abundantemente servida, de donde cada cual puede tomar más de lo preciso para hartarse. Podéis disponer en favor de quien queráis de la Licaonia de la Frigia; cerca del Helesponto, de Pisidia, del Quersoneso y de todas las comarcas vecinas de Europa, regiones que unida cualquiera de ellas al reino de Éumenes, le hará diez veces mayor que es actualmente; y si le concedéis todas, o al menos la mayoría, no habrá reino más grande y poderoso que el suyo. Podéis, pues, romanos, recompensar con magnificencia a vuestros amigos, sin perjuicio de vuestra gloria y sin faltar a lo que da más esplendor a vuestras empresas, porque el objeto que os proponéis no es el que persiguen otros conquistadores que salen a campaña para subyugar ciudades y apoderarse de navíos y municiones. Vosotros habéis sometido el universo entero a vuestra dominación y desdeñáis tales cosas. ¿Qué necesitáis ahora? ¿Qué debéis buscar con mayor interés y cui-

dado? Las alabanzas y la gloria, difíciles de adquirir y más difíciles de conservar. ¿Queréis convencerlos? Habéis hecho la guerra a Filipo exponiéndolos a todo género de peligros sólo por dar libertad a los griegos, único fruto que os proponíais de esta expedición y, no obstante, os ha satisfecho más que los terribles castigos con que os vengasteis de los cartagineses. Y no nos sorprende, porque el dinero que habéis exigido es un bien común a todos los hombres; pero los honores, los elogios y la gloria sólo corresponden a los dioses y a los hombres que se asemejan a la divinidad. La más hermosa de vuestras empresas es la de haber dado libertad a los griegos, y si concedéis igual favor a los griegos de Asia, llegará vuestra gloria a su apogeo; pero si no queréis coronar vuestra primera generosa acción con esta última, perderéis mucha parte de la fama que aquélla os produjo. En cuanto a nosotros, romanos, unidos a vosotros y por hacer triunfar vuestras miras, hemos arrojado los mayores peligros, y conservaremos siempre los mismos amistosos sentimientos; por ello no tememos manifestar lo que nos parece más conveniente y ventajoso. Ni nos mueve interés propio, ni deseamos otra cosa que lo que os convenga hacer.» Así hablaron los embajadores rodios, y la solidez de sus argumentos unida a la modestia de su discurso conquistó los aplausos de todo el Consejo.

Los embajadores de Antíoco, Antípatro y Zeuxis, penetraron en seguida, y se limitaron a pedir y a suplicar que fuese confirmada la paz hecha en Asia por los dos Escipiones, cosa que el Senado hizo en el acto. Pocos días después el pueblo ratificó la paz y se hicieron a Antípatro los juramentos de costumbre en tales ocasiones. Llamados después otros embajadores procedentes de Asia, concedióseles corta audiencia, dando a todos igual respuesta, cual fue, que se designarían diez diputados, para sobre el terreno enterarse de las cuestiones que las ciudades tenían entre sí. Se les designó, efectivamente, con facultades para arreglar a su arbitrio estos particulares asuntos. Respecto a los generales el Senado ordenó que todos los pueblos hasta el monte Tauro, sometidos antes de la guerra a Antíoco, en adelante reconocieran por rey a Éumenes, a excepción de la Licia y de la Caria, hasta el Meandro, que se daban a los rodios; que las ciudades griegas tributarias antes de Átalo lo serían ahora de Éumenes, quedando exceptuadas las que no pagaban tributo a Antíoco. Tales fueron las órdenes dadas a los diez comisarios enviados a Asia junto al cónsul Cneo.

Así arreglados los negocios, volvieron los rodios al Senado para tratar de la ciudad de Solos, que se halla en Cilicia, asegurando que debían velar por sus intereses a causa de ser sus habitantes, como ellos, una colonia de argivos, y considerarles hermanos, manteniendo con ellos unión verdaderamente fraternal. Solicitaron, pues, como favor a los rodios que aquéllos obtuviesen la libertad. Al oír la petición, el Senado ordenó llamar a los embajadores de Antíoco, y deseó que este príncipe abandonara la Cilicia, pero Antípatro y Zeuxis se negaron a aceptar esta condición, que era contraria a lo estipulado. Les propuso entonces el Senado dejar en libertad la ciudad de Solos, y resistiendo los embajadores acceder a ello, les despidió, haciendo entrar a los rodios y enterándoles de que los representantes de Antíoco se oponían a su petición. Agregó que si resueltamente querían la libertad de Solos, arrojando por todo, satisfarían su deseo. Tanto complació a los rodios la decisión del Senado por servirles, que manifestaron estar conformes con lo que se les había otorgado, y Solos continuó como estaba. Próximo a partir los diez comisarios y los embajadores, llegaron a Brindisi, en Italia, Publio y Lucio Es-

capión, ambos vencedores de Antíoco, y entraron pocos días después en Roma, consiguiendo los honores del triunfo.

CAPÍTULO II

Restablecido en el trono Aminandro, despacha a Éfeso embajadores y los Escipiones. - Los etolios se apoderan de Anfiloquia, Aperantia y Dolopía. - Vencido Antíoco, procuran apaciguar el rencor de los romanos.

Creyéndose Aminandro en tranquila posesión de su reino, despachó embajadores a Roma y los dos Escipiones, que aún permanecían en Éfeso. Las órdenes dadas a estos embajadores eran excusar, en lo tocante a los etolios, el haber recobrado sus Estados, quejarse de Filipo y rogar que se le contase en el número de los aliados.

Juzgaron los etolios la ocasión propicia para penetrar en Anfiloquia y Aperantia, y su general Nicandro reunió numeroso ejército, invadiendo Anfiloquia, desde donde, por no encontrar resistencia alguna, se trasladó a la Aperantia, cuyas poblaciones, como las de la anterior provincia, se rindieron de buen grado. Entró en seguida en Dolopía, donde al principio quisieron defenderse permaneciendo fieles a Filipo, pero al saber lo sucedido a los atamanes y la fuga de Filipo, cambiaron de parecer y se unieron a los etolios. Concluida esta feliz expedición, regresó Nicandro a Etolia muy satisfecho de haber librado a su patria con tales conquistas de todo peligro exterior; por lo menos así lo creía. Pero mientras se regocijaban los etolios con sus conquistas, llegó la noticia de haberse librado una batalla en Asia siendo completamente derrotado Antíoco. Cundió la alarma por todas partes, y al mismo tiempo llegó de Roma Damotelo anunciando que continuaban en guerra con esta república y que el cónsul Marco Fulvio iba contra ellos al frente de un ejército. Esto aumentó la alarma, ignorando cómo se librarían de la tempestad que les amenazaba. Tomaron al fin el partido de enviar comisionados a los rodios y a los atenienses, rogándoles mandaran a Roma embajadores que, apaciguando la cólera de los romanos, aliviasen algo los males que agobiaban Etolia. También por su parte despacharon una embajada, eligiendo para formarla a Alejandro, llamado el Isio, Feneas, Calepo, Alipo de Ambracia y Licopo.

Cercan los romanos Ambracia. – Extremada avaricia de uno de los tres embajadores etolios.

Habló el cónsul con los embajadores que habían ido a verle de parte de los epirotas acerca de la expedición de que estaba encargado contra los etolios, y les pidió consejo. Obedeciendo entonces los ambracianos las leyes de los etolios, aconsejaronle los embajadores poner sitio a Ambracia, porque si los etolios deseaban aceptar una batalla, el campo era allí muy a propósito para darla, y si por temor la rehusaban, fácil era cercar la ciudad, encontrando en aquella comarca abundancia de todo lo necesario para la alimentación de las tropas y los trabajos del asedio, pues el Aracto que corría junto a sus muros facilitaba conducir al campamento todo lo necesario y resguardaría las obras de sitio.

Conoció Marco Fulvio que el consejo era bueno; levantó el campamento, y por el Epiro condujo el ejército delante de Ambracia. Al llegar no se atrevieron los etolios a hacerle frente. Reconoció las fortificaciones, cercó la ciudad y empezó rudamente el ataque.

Antes de que partiese el cónsul, los embajadores enviados por los etolios a Roma fueron descubiertos por Sibirto, hijo de Petreo, en Cefalenia y conducidos a Caradra. En el primer momento opinaron los epirotas trasladarlos a Buceto, guardándoles allí con cuidado; pero algunos días después, y por estar en guerra con los etolios, les propusieron rescatar su libertad. Uno de estos embajadores, Alejandro, era el hombre más opulento de Grecia; también eran ricos los otros dos, pero no tanto como aquél. Pidiéronles a cada uno cinco talentos, y los dos últimos aceptaron con gusto la condición, considerando que la libertad era el bien máspreciado que tuvieran en el mundo; pero Alejandro dijo que no quería comprarla tan cara y que cinco talentos eran suma exorbitante. Mientras él pasaba las noches gimiendo y llorando por la pérdida que le amenazaba, temieron los epirotas que, al saber los romanos la detención de los embajadores, les escribieran rogándoles o quizás ordenándoles que les pusieran en libertad. Este temor les hizo menos exigentes, contentándose con pedir tres talentos por rescate de cada uno de ellos. Los dos menos ricos consintieron pagarlos, y dando fianza regresaron a su tierra; pero Alejandro respondió que sólo pagaría un talento y que aun esto era mucho, por lo cual continuó detenido. Parece que este viejo, poseedor de doscientos talentos, prefería perder la vida a dar tres; que a tal extremo conduce la avaricia de acumular dinero; y, no obstante, tan buen resultado tuvo en esta ocasión su insensata negativa, que la aplaudieron y elogiaron, porque a los pocos días llegaron a Caradra las cartas de los romanos que tenían los epirotas, y Alejandro fue el único embajador que recobró la libertad sin rescate. Cuando los etolios supieron la aventura designaron a Damóteles para que fuese de embajador a Roma; pero al saber éste en Leucades que Marco Fulvio se dirigía por el Epiro a Ambracia, desesperó del éxito de su embajada y regresó a Etolia.

Resistencia de los etolios frente al cónsul romano Marco Fulvio. - Evocación de otros famosos asedios.

Cercados los etolios por el cónsul romano Marco Fulvio, resistieron valerosamente los ataques de las máquinas y arietes que había hecho avanzar. Fortificado su campamento, hizo construir el cónsul contra Pirro, en la llanura, tres obras avanzadas, separadas por intervalos y dirigidas al mismo punto; construyó otra por la parte de Esculapio, y la quinta contra la ciudadela. Impulsados con gran vigor todos estos trabajos que estrechaban la ciudad, los encerrados dentro veían con espanto los terribles peligros que les amenazaban. Los arietes batían potentes los muros, y los sitiados aprovechaban todos los medios para resistir, lanzando con sus máquinas contra los arietes masas de plomo, fragmentos de roca y troncos de encina. Valiéndose de anillos de hierro, atraían a la parte inferior de los muros las guadañas del enemigo para romper el aparato que las movía y apoderarse de ellas, y diferían las operaciones del asedio con frecuentes salidas, atacando por la noche a los centinelas que protegían los trabajos o acometiendo con arrojo durante el día a los diversos puestos

Nicandro envió un día quinientos jinetes a la ciudad, que penetraron en ella atravesando audazmente los atrincheramientos del contrario. Les ordenó que en determinado día y hora atacaran a los sitiadores, prometiéndoles que él lo haría también por opuesto lado participando del peligro. Salieron, efectivamente, los sitiados y combatieron con valor; pero temiendo el peligro, o por alguna ocupación precisa que le impidiera realizar el proyecto, no atacó Nicandro, y el esfuerzo fue inútil.

... Muchas ciudades, aun después de destruidos sus muros, resistieron al enemigo como lo hizo Ambracia. A fuerza de golpear sin interrupción con los arietes, los romanos derribaban cada día una parte de la muralla; pero no podían entrar por la brecha, porque los cercados constituían por dentro un nuevo muro y los etolios que quedaban combatían con arrojo entre las ruinas. Desesperando los romanos de poder ocupar la ciudad a viva fuerza, comenzaron a hacer minas; pero tampoco conseguían nada, porque los sitiados, que, según probaremos, eran muy hábiles en todos los trabajos militares, comprendieron la intención y neutralizaron los efectos. Fortificaron los romanos de las tres obras avanzadas la de en medio, poniéndola a cubierto de todo ataque, y construyeron paralelamente al muro un pórtico de doscientos pies de largo. Al abrigo de esta muralla continuaron sin interrupción los trabajos de las minas, esparciendo la tierra que sacaban. Así engañaron a los cercados durante muchos días, hasta que por elevarse el montón de tierra comprendieron éstos lo que sucedía e hicieron una contramina paralela al muro y al pórtico construido frente a las torres. Cuando tuvo la profundidad conveniente, colocaron en ella una serie de instrumentos y campanas de bronce de delicada construcción, para escuchar el ruido de los mineros romanos y saber la dirección de sus trabajos. Así dirigidos, atravesaron su mina con otra por debajo de la muralla en la presumida dirección de la que se hacía el contrario. Pronto concluyeron esta nueva mina, porque la excavación de los romanos pasaba ya del

muro, habiendo tenido que sostener con postes ambos lados de la mina. Encontráronse, pues, y trabaron combate con sus picas, pero sin resultado, por lo fácil que era protegerse con el escudo. Uno de los sitiados sugirió a sus conciudadanos la idea de colocar en aquel punto un tonel tan grande como la excavación, lleno de menuda pluma y atravesado por una barra de hierro con agujeros. Abierto el tonel por la parte que daba al enemigo, prendieron fuego en la abertura, que, aviado con la barra y comunicado a las plumas, produjo por la humedad de éstas un humo acre y violento en toda la parte de mina que los romanos ocupaban, y no pudiendo detener el humo ni sufrirlo, abandonaron la mina.

CAPÍTULO V

Tras larga resistencia ríndese Ambracia al cónsul. - Paz entre etolios y romanos. - El tratado.

Llegaron al campamento de los romanos embajadores de los atenienses y de los rodios para inclinar a Fulvio a concertar la paz con los etolios, y Aminandro, rey de los atamanes, solicitó también salvoconducto para presentarse al cónsul. En la época de su fuga había vivido largo tiempo en Ambracia, a cuyos habitantes amaba, mostrando gran empeño por librarles de aquella extremidad. Pocos días después acudieron asimismo embajadores de Acarnania, acompañados de Damóteles, pues al saber el cónsul el accidente ocurrido a los embajadores etolios escribió a los de Tiro para que se los llevasen. Todas estas embajadas reunidas trabajaban con ardor por la paz. Sin cesar exhortaba Aminandro a los ambracianos diciéndoles que la conseguirían siguiendo mejores consejos. Con frecuencia llegaba al pie de las murallas y hablaba con los sitiados, y creyendo éstos oportuno que entrase en la ciudad solicitó permiso al cónsul, que se lo concedió. Entró, pues, y deliberó con los ambracianos sobre la situación presente.

Por otro lado, los embajadores de Atenas y de Rodas, en sus frecuentes conversaciones con el cónsul, procuraban calmarle e inducirle en favor de los ambracianos. Alguno sugirió a Damóteles y a Feneas que vieran e hiciesen amistad con C. Valerio, hijo de Marco Levino, que fue el primero en llevar a cabo un tratado de alianza con los etolios, y hermano de madre de Marco Fulvio. Era Valerio joven oficial de gran talento y de mucho valimiento con el cónsul. Recomendóle Damóteles este negocio, que Valerio consideró como asunto propio, hasta el punto de juzgar deber suyo proteger a los etolios y procurando con el mayor celo restablecer su amistad con los romanos. Tanto se movió para conseguirlo, que al fin logró su deseo. Cediendo los ambracianos a las exhortaciones de Aminandro, rindiéronse a discreción, abriendo al cónsul las puertas de la ciudad, a condición, no obstante, para no faltar a la fe con sus aliados, de que salieran libremente los etolios para retirarse a su patria. Efectuado el tratado de paz con consentimiento del cónsul, decía en sustancia que los etolios pagarían inmediatamente doscientos talentos eubeicos y trescientos en diez años, a razón de cincuenta cada uno; que en el plazo de seis meses devolverían sin rescate todos los prisioneros y trásfugas que tenían de los romanos; que no sujetarían ninguna ciudad a sus leyes y go-

bierno, ni someterían ninguna de las tomadas por los romanos desde que Tito Quintio fue a Grecia o que habían hecho alianza con Roma, y que los cefalénios no quedaban incluidos en el tratado. Éste sólo era un proyecto sin fuerza hasta que los etolios convinieran en él y se diese cuenta al Senado. Los embajadores de Atenas y Rodas permanecieron en Ambracia esperando la vuelta de Damóteles, que fue a anunciar a los etolios lo pactado. Éstos, que no esperaban ser tan bien tratados, lo aceptaron con regocijo, aunque en el primer momento sintieran la separación de las ciudades que vivían sujetas a sus leyes.

Rendida Ambracia, puso en libertad el cónsul a los etolios, según se había estipulado; pero ordenó transportar las estatuas, cuadros y objetos de arte, que eran muchos, porque Ambracia había sido capital y lugar de residencia de Pirro. Se le obsequió a Fulvio con una corona de ciento cincuenta talentos. Entró éste en seguida en las tierras de Etolia, sorprendiéndole no encontrar resistencia, y al llegar a Argos de Anfiloquia, distante ciento sesenta estadios de Ambracia, acampó, y supo por Damóteles que los etolios habían confirmado el convenio. Regresaron los embajadores etolios a sus casas y Fulvio a Ambracia, donde no se detuvo, saliendo para Cefalonia.

Eligieron en Etolia por embajadores para ir a Roma a Feneas y Nicandro, con objeto de que gestionaran la ratificación del tratado de paz por el pueblo, sin lo cual era ineficaz. Llevando consigo a los embajadores de Atenas y de Rodas, se pusieron en camino. Por su parte, el cónsul envió también a Cayo Valerio y a algunos otros amigos suyos, que al llegar a Roma hallaron al pueblo excitado por Filippo contra los etolios. Creía este príncipe que habían sido injustos con él al apoderarse de Atamania y de Dolopía, y suplicó a los amigos que tenía en Roma que, tomando parte en su resentimiento, impidieran la ratificación del tratado de paz; y de tal forma prepararon los ánimos, que apenas quiso escuchar el Senado lo que decían los embajadores etolios, hasta que, a ruegos de los rodios y de los atenienses, se les oyó con atención. Uno de los embajadores de Atenas, Damó, fue aplaudido por toda la asamblea en varios párrafos de su discurso, y especialmente en una comparación muy apropiada al asunto. Manifestó que era justa la irritación del Senado contra los etolios, quienes colmados de beneficios por Roma nunca atestiguaron agradecimiento: que, provocando la guerra con Antíoco, pusieron al pueblo romano en inminente peligro; pero que hacía mal el Senado al imputar a la nación tales faltas, porque en los Estados la muchedumbre era en cierto modo parecida al mar, de ordinario apacible y tranquilo, hasta el punto de aproximarse a él y viajar sobre sus aguas sin temor ni peligro, pero que agitado por impetuoso huracán es lo más terrible y formidable; que esto había ocurrido en Etolia, pues mientras sus habitantes se dejaron guiar por sus propios instintos, fueron, de todos los griegos, los más amigos y mejores auxiliares de los romanos; pero al volver allí Toante y Dicearco procedentes de Asia, y Menestante y Damócrito de Europa, sublevaron la muchedumbre, mudando sus disposiciones naturales hasta el extremo de comprometerla a decirlo y hacerlo todo. Cegada por malos consejos, y deseando perjudicar a los romanos, se precipitó en un abismo de desdichas; que la cólera del Senado debía dirigirse contra aquellos botafuegos y no contra la República etolia, digna de su compasión, y que, librada por la paz del peligro en que se hallaba, volvería a ser, de seguro, como antes, por agradecimiento a este nuevo beneficio, la amiga más fiel de Roma entre todas las na-

ciones de Grecia. Este discurso reconcilió a los etolios con el Senado, que aprobó e hizo ratificar por el pueblo el tratado. Decía así:

«Los etolios tendrán respeto sincero y sin reserva al imperio y dominación romanos. No dejarán paso por sus tierras y ciudades a ninguna tropa que marche contra los romanos, sus aliados o sus amigos, y en ningún caso lo socorrerán por disposición de las autoridades. Tendrán por amigos y enemigos los mismos que el pueblo romano, y harán la guerra a los que los romanos la hagan. Devolverán todos los tráfugas y prisioneros hechos a los romanos y a sus aliados, a excepción de los que capturados en el transcurso de la guerra y devueltos a su patria fueran prisioneros por segunda vez y de los que eran enemigos de Roma cuando los etolios estaban aliados a ella. Estos prisioneros y tráfugas serán entregados a los magistrados de Corcira en el término de cien días, a contar desde la ratificación del tratado; si en dicho término no se encontrara a algunos, los entregarán cuando aparezcan, sin cometer fraude ni permitir que regresen a Etolia. Pagarán inmediatamente los etolios en plata tan buena como la del Ática, al procónsul que está en Grecia, doscientos talentos euboicos, y podrán, si lo desean, abonar en oro la tercera parte de esta suma a razón de diez minas de plata por una de oro. Enviarán además a Roma cincuenta talentos anuales durante seis años. Entregarán al cónsul cuarenta rehenes elegidos por los romanos, que no tendrán menos de nueve ni más de cuarenta años. No habrá pretor, ni general de caballería, ni escriba público que no haya estado antes en rehenes en Roma. Los etolios cuidarán del viaje de los rehenes, y si alguno falleciese será reemplazado por otro. No será comprendida en este tratado la Cefalania. No conservarán los etolios dominio alguno sobre las tierras, ciudades y hombres que se hallaban en su poder en tiempo de los cónsules Tito, Quintio, Cneo Domicio, y posteriormente, o que han sido aliados de Roma. La ciudad y territorio de los eniados se unirá a la Acarnania.» Jurada fidelidad a estos artículos, firmóse la paz. Así se arreglaron los asuntos de los etolios, y en general los de todos los griegos.

CAPÍTULO VI

En qué época sostuvo el cónsul Manlio la guerra contra los gálatas.

Esta guerra concluyó en Asia, mientras en Roma se trataba la paz con Antíoco y en Grecia luchaban los romanos con los etolios. Todos los embajadores que fueron de Asia a Roma trabajaron para terminarla.

Esfuerzo que cuesta a Moágetes, tirano de Cibira, preferir su salvación a su dinero.

Moágetes, tirano de Cibira, era falso y cruel. Merece que hable de él, no de paso, sino con el cuidado y diligencia que a mi historia conviene. Al aproximarse el cónsul, que para sondearle envió por delante a C. Helvio, el tirano de Cibira despachó un comisionado a éste rogándole que impidiese el saqueo de sus tierras, pues él era amigo del pueblo romano y se hallaba dispuesto a hacer cuanto le ordenaran. Al mismo tiempo ordenó le ofrecieran una corona que valía quince talentos. Prometió Helvio que no tocarían sus tierras, y a la vez le recomendó enviase una embajada al cónsul que se aproximaba y llegaría pronto. Mandó, efectivamente, Moágetes embajadores en compañía de su hermano, y encontraron éstos en el camino al cónsul, que les manifestó en tono enérgico y amenazador que era Moágetes el príncipe asiático que más había contribuido a combatir el poder de Roma, no mereciendo su amistad, sino su cólera e indignación. Asustados los embajadores, hicieron caso omiso de las órdenes recibidas, suplicando al cónsul que conferenciase con Moágetes, y obtenida esta gracia regresaron a Cibira. Salió el tirano de la ciudad al día siguiente, acompañado de sus amigos, vestido con humildad, sin escolta y en un estado que daba compasión verle. Empezó doliéndose de su pobreza y de la miseria de las ciudades de su pequeño Estado, que sólo eran tres, Cibira, Silio y Alinda, y rogó al cónsul que se contentara con quince talentos. Admirado Cneo Manlio de la falta de pudor de este tirano, le dijo que si no daba quinientos talentos talaría sus tierras, pondría sitio a Cibira y la entregaría al saqueo. Amendrentado Moágetes, suplicó que no llevase a cabo las amenazas, y lo hizo con tal habilidad, que agregando algo a los primeros ofrecimientos se hizo amigo del pueblo romano, sin costarle más de cien talentos y diez mil medidas de trigo.

CAPÍTULO VIII

Acciones de Manlio en Panfilia y Caria en el transcurso de la guerra de los galogriegos.

Luego de atravesar Cneo Manlio el Colobatos, recibió embajadores de la ciudad llamada Isinda para suplicar que la socorriera contra los telmeseos, que en unión de los filomenianos, después de talar los campos y saquear la ciudad, tenía puesto sitio a la ciudadela, donde se habían refugiado todos los habitantes con sus mujeres e hijos. Prometiéndoles bondadosamente Manlio que iría en su auxilio, y previniendo las ventajas de este negocio, se dirigió a la Panfilia y contrajo alianza con los telmeseos y los aspendios mediante cincuenta talentos que exigió. Presentáronse allí embajadores de otras ciudades, a quienes inspiró los mismos sentimientos amistosos, y después de hacer levantar el sitio de Isinda, regresó a la Panfilia.

CAPÍTULO IX

Secuencias de la incursión contra los galo-griegos.

Ocupada la ciudad de Círmasa con un botín considerable, cuando costeaba Manlio un pantano encontró los embajadores que le enviaban los habitantes de Lisínoe para rendirse a discreción. Desde allí penetró por las tierras de los sagalios, apoderándose en ellas de un gran botín, y esperó hasta ver lo que la ciudad resolvía. Enviáronle un comisionado para saber las condiciones con que concedería la paz, y exigió una corona de un valor de cincuenta talentos, dos mil medimnos de cebada y dos mil de trigo. Entregósele lo que pedía, y quedó concertada la paz.

CAPÍTULO X

Eposógnato, rey de los galo-griegos, exhorta sin resultado a los otros reyes de la misma región a someterse a los romanos.

Despachó Manlio embajadores a Eposógnato para que gestionara con los otros reyes de la Galo-Grecia, y recibiólos de aquel poco tiempo después, suplicándole que no se apresurase a levantar el campo ni a atacar a los galo-tolistobogios, porque él mismo iría a ver a sus reyes y les inclinaría a la paz, persuadiéndoles para que aceptaran las condiciones que les ofrecieran, siendo razonables...

Avanzó Cneo Manlio hasta el Sangario, y no pudiendo vadearlo por la profundidad, hizo construir un puente. Cuando acampaba a orillas del río se le presentaron algunos galos enviados de Pesinunte por Atis y Bàtaco, sacerdotes de la madre de los dioses. Llevaban éstos suspendidos al cuello emblemas y figuras y le manifestaron que la gran diosa presagiaba a los romanos la victoria y el poder. Acogióles Manlio con benevolencia, pero al llegar éste junto a la aldea de Gordio mandóle a decir Eposógnato que había visto a los reyes de los galos, que no aceptaban ningún convenio y que, habiendo reunido en el monte Olimpo sus mujeres, sus hijos y efectos, se disponían a la defensa.

CAPÍTULO XI

Ortiagonte, rey de Galacia.

Ortiagonte, rey de Galacia, decidió extender su dominación a todos los gálatas de Asia. La naturaleza y la costumbre le ayudaban para el feliz éxito de esta empresa. Distinguíanle su libertad y grandeza de alma, y en los consejos y conversaciones mostrábase tan atento como hábil. Era además de extraordinaria bizarría e

intrepidez en las batallas, condición de suma importancia en los pueblos de aquella raza.

CAPÍTULO XII

*Quiómara*¹

Cuando los romanos, al mando de Manlio, derrotaron a los gálatas, cayó en su poder, entre otras mujeres, Quiómara, esposa de Ortiagonte. El centurión a quien correspondió en el reparto, hombre avaro y libertino, abusó de ella indignamente, pero vencióle después la avaricia y aceptó gran cantidad de dinero por dejarla en libertad, llevándola él mismo a orillas de un río que separaba el campamento romano del de los contrarios. Los gálatas que traían el precio del rescate cruzaron el río y contaron el dinero al centurión, quien les entregó a Quiómara; pero en el instante en que se despedía de ella abrazándola, hizo Quiómara señas a uno de aquéllos para que le diese muerte. Comprendió el gálata la indicación y cortó la cabeza al romano. Cogióla Quiómara, la envolvió en su vestido y al llegar junto a su marido la arrojó a sus pies ensangrentada. Admirado éste, le dijo: «Bello es, esposa mía, conservar la fe. —Sí, —replicó ella—; pero es más bello no dejar con vida más que uno de los hombres que me han gozado». Manifiesta Polibio que diferentes veces conversó con esta mujer en Sardes, admirando su grandeza de alma y su prudencia.

CAPÍTULO XIII

Emboscada que los galos tectosages tienden contra Manlio, bajo pretexto de una conferencia.

Vencidos los galos y cuando Manlio, acampado junto a Ancira, se disponía a marchar adelante, llegaron embajadores de los tectosages, para suplicarle que, sin mover las tropas de donde se hallaban, avanzase él al día siguiente entre los dos campamentos, donde encontraría a los reyes para tratar de la paz. Accedió el cónsul y fue al lugar indicado con quinientos caballos; pero los reyes faltaron a la cita y regresó al campamento. Vinieron nuevamente los embajadores tectosages, excusaron con diferentes pretextos a sus príncipes y rogaron otra vez al cónsul que fuera al sitio convenido, donde le esperarían los magnates de aquella tierra para conferenciar sobre la forma de acabar la guerra. Prometió Manlio lo que le solicitaban, pero no salió del campamento, enviando a Ántalo con algunos tribunos y trescientos caballos. Acudieron, efectivamente, varios tectosages de los más distinguidos; hablóse del asunto, pero manifestaron que carecían de poderes

1. Sigue un relato que figura en los *Actos valerosos de las mujeres*, de Plutarco.

para un pacto, y que sus reyes vendrían en seguida para acordar los artículos de la paz, si Manlio quería encontrarse con ellos en el mismo lugar. Prometió Átalo que iría el cónsul, y se separaron. Todos estos detalles eran fingidos, y el verdadero propósito era ganar tiempo para transportar al lado opuesto del Halis sus familias y efectos, y, sobre todo, coger prisionero al cónsul, si podían, o al menos degollarle. Con tal fin, volvieron al día siguiente al sitio convenido al frente de unos mil caballos y esperaron la llegada de los romanos. Persuadido el cónsul, por lo que le dijo Átalo, de que vendrían los reyes, salió como la primera vez del campamento con quinientos caballos. Debe advertirse que algunos días antes los forrajadores del ejército romano estuvieron en un lugar desde donde podían ayudar al destacamento de caballería que acompañaba al cónsul, y el mismo día de la conferencia ordenaron los tribunos que salieran en gran número, fuesen a dicho lugar y se les uniera otro destacamento igual. Lo que parecía sin objeto fue muy útil a las pocas horas.

CAPÍTULO XIV

Asuntos de Grecia y el Peloponeso.

Aprovechando los recursos de la traición, apoderóse Fulvio durante la noche de una parte de la ciudadela e introdujo en ella a los romanos¹

Para castigar un crimen de los lacedemonios, el pretor de los aqueos, Filopemén, trajo a los desterrados a la ciudad y ordenó matar, según refiere Polibio, a cuarenta espartanos².

CAPÍTULO XV

Embajadas que despachan a Manlio todas las naciones de Asia. – Tratado de paz entre Antioco y los romanos.

Durante el tiempo en que Cneo Manlio se hallaba en cuarteles de invierno en Éfeso en el último año de esta olimpiada, las ciudades griegas de Asia y muchas otras despacharon embajadores para felicitarle por la victoria que había logrado sobre los galos y llevarle coronas. La alegría de los pueblos de este lado del monte Tauro no se fundaba tanto en que, derrotado Antioco, veíanse libres unos de los impuestos que les agobiaban, otros de guarniciones que les oprimían y todos de la necesidad de obedecer las órdenes de este príncipe sino porque ya nada te-

1. Hasta aquí, de este capítulo, cita del supuesto Suidas.

2. Estas cuatro líneas son de Plutarco, citando lo dicho por Polibio. Corresponde a la biografía de Filopemén, en las *Vidas paralelas*.

mían de los bárbaros y no sufrirían de ellos los insultos e injusticias a que estaban acostumbrados. Antíoco, los galos y Ariarates, rey de Capadocia, enviaron representantes al cónsul para saber con cuáles condiciones se les concedería la paz. Ariarates se había unido a Antíoco y hallóse en la batalla que los romanos acababan de ganar. Temió el castigo, y la alarma en que vivía le hizo despachar un comisionado tras otro a fin de saber qué deseaban diese o hiciera para obtener el perdón de su falta. El cónsul recibió bondadosamente todas las embajadas de las ciudades, y después de elogiarlas mucho las despidió. Contestó en seguida a las otras, diciendo a los galos que esperaba la llegada de Éumenes para hacer la paz con ellos; a los de Ariarates que pagaran seiscientos talentos; y a Museo, embajador de Antíoco, que antes de hablar su señor de paz viniera con su ejército a las fronteras de Panfilia trayendo dos mil quinientos talentos y el trigo que se debía distribuir a los soldados, conforme el acto llevado a cabo antes con Lucio Escipión. Al llegar la primavera, y hechos los sacrificios expiatorios, partió con Átalo, llegando a los ocho días de marcha a Apamea, donde permaneció tres días. Al tercero levantó el campamento y se dirigió a largas jornadas durante otros tres al lugar donde dijo a los embajadores de Antíoco que fueran a esperarle. Allí estaba Museo, y rogó a Manlio que aguardara hasta que los carros y acémilas que traían el trigo y el dinero llegasen. Tres días después entraron en el campamento; se distribuyó el trigo a las tropas, y un tribuno por orden del procónsul llevó los talentos a Apamea. Notificaron a Manlio que el jefe de la guarnición de Perga no había evacuado esta plaza, y se acercó a ella con el ejército. Ya se hallaba muy próximo cuando se le presentó dicho jefe suplicándole que le dispensara permanecer en Perga, por ser éste su deber; que Antíoco le había dado el mando, y su obligación era conservarlo mientras no le dijera lo que debía hacer; que hasta entonces nadie le había manifestado las intenciones de dicho príncipe, y que le concediera un plazo de treinta y nueve días para informarse de lo que deseaba el rey que hiciese. Manlio consintió en ello sin esfuerzo, porque en todo encontraba a Antíoco fidelísimo a su palabra. Pocos días después Perga estaba libre. Al iniciarse el verano desembarcaron en Éfeso los diez comisarios con Éumenes, y tras descansar dos días se encaminaron a Apamea. Advertido Manlio, envió a su hermano Lucio con cuatro mil hombres contra los oroandianos para inducirles a obligarles a pagar los tributos que se les habían impuesto. Aprehendióse en seguida a reunirse al rey Éumenes, y al llegar a Apamea celebró Consejo con este príncipe y los diez comisarios sobre la paz que se iba a concertar y que quedó ajustada en estos términos:

«Entre Antíoco y los romanos habrá perpetua paz con las siguientes condiciones:

»El rey Antíoco no permitirá el paso por sus tierras ni por las de sus vasallos a ningún ejército enemigo del pueblo romano, ni le proporcionará socorro alguno. En reciprocidad, ni Roma ni sus aliados permitirán que pase por sus tierras ejército alguno para hacer la guerra a Antíoco o sus vasallos.

»Antíoco no llevará la guerra a las islas, y renunciará a sus pretensiones en Europa.

»Retirá sus tropas de todas las ciudades, pueblos y castillos de esta parte del monte Tauro hasta el río Halis, y del llano hasta las alturas del lado de Licaonia.

»Al evacuar las plazas, las tropas sirias no se llevarán el armamento, y si se lo han llevado lo restituirán.

»Antíoco no recibirá en sus Estados soldados del rey Éumenes ni de ningún otro.

»Si algunos habitantes de las ciudades que los romanos separan del reino de Antioco se unen a su ejército, los enviará a Apamea.

»Se permitirá a los del reino de Antioco que estén con los romanos o sus aliados continuar con ellos o retirarse.

»Antioco y sus vasallos devolverán a los romanos y a los aliados de éstos los esclavos, los prisioneros y los fugitivos que hayan capturado.

»El rey de Siria pondrá en manos del procónsul, si pudiera hacerlo, al cartagines Anibal, hijo de Amilcar; al acarnanio Mnasiloco, al etolio Toante, a los calcidianos Eubúlidas y Filón, y a cualquier otro que haya ejercido alguna magistratura en Etolia.

»Entregará todos los elefantes que tiene en Apamea y no se le permitirá tener ninguno.

»Pondrá a los romanos en posesión de todas las galeras armadas en guerra con sus tripulaciones, y únicamente podrá tener en el mar diez barcos con treinta remeros cada uno.

»Limitará su navegación al promontorio Calicadno, salvo si tiene que enviar dinero, embajadores o rehenes.

»No se le permitirá reunir tropas mercenarias en tierra romana, ni siquiera recibir voluntarios.

»Las casas que en Siria pertenecen a los rodios y a sus aliados continuarán en su poder como antes de la guerra.

»Si se les debe dinero, podrán exigirlo y se les restituirá lo que probasen que se les ha quitado.

»Los bienes de los rodios quedarán exentos de todo gravamen e impuesto, como se hallaban antes de la guerra.

»Si Antioco ha dado a otros las ciudades que debe entregar a los romanos, sacará de ellas las guarniciones y no aceptará las que, concertada la paz, deseen volver a su obediencia.

»Durante doce años satisfará a los romanos mil talentos anuales, en plata de la más pura, como la de Atenas, de ochenta libras romanas cada talento, y quinientas cuarenta mil medidas de trigo.

»Entregará al rey Éumenes en el período de cinco años trescientos cincuenta y nueve talentos en iguales anualidades; ciento veintisiete talentos por el trigo que se le debe y que se ha dejado a estimación de Antioco, y mil doscientas ocho dracmas que él concede a Éumenes, y con las cuales se da este rey por satisfecho.

»Entregará a los romanos veinte rehenes de dieciocho a cuarenta y cinco años, y los cambiará cada cuatro años.

»Si faltara algo a la cantidad que debe abonar cada año, lo que falte lo entregará al siguiente.

»Si algunas ciudades o naciones, a las cuales por el presente tratado no puede declarar guerra Antioco, la hicieran a él, tendrá derecho a defenderse, pero no a apoderarse de ninguna de estas ciudades o a contarlas entre sus aliados.

»Las cuestiones que ocurran se resolverán con arreglo a justicia.

»Si cualquiera de ambas partes juzgara oportuno agregar o quitar algunos de los anteriores artículos, podrá hacerse por mutuo consentimiento.»

Prestados los juramentos de costumbre, envió el procónsul a Siria a Lucio Minucio Termo y a su hermano Lucio, que habían traído el dinero de los oroandianos, ordenándoles que para seguridad del tratado tomaran juramento a Antioco.

Asimismo despachó correos a Quinto Fabio para que regresara al puerto de Pátara y quemar en él todos los barcos del rey de Siria.

CAPÍTULO XVI

Los diez comisarios arreglan los asuntos de Asia.

Escuchadas por el general romano y los diez comisarios en Apamea las cuestiones que tenían entre sí los particulares, unos por las tierras, otros por dinero o por cualquier otra causa, les enviaron a ciudades aceptadas por ellos para que allí concluyesen sus litigios y se dedicaran al arreglo de los asuntos generales. Todas las ciudades libres que, tributarias antes de Antíoco, habían permanecido fieles a los romanos en la última guerra, quedaron exentas de tributo; las que lo pagaban a Átalo se les obligó a satisfacerlo a Éumenes, y a las que se separaron de los romanos para unirse a Antíoco se les ordenó entregar a Éumenes lo que daban al rey de Siria. Concedióse completa franquicia a los colofonianos establecidos en Notio, a los cimeos y a los milasios. La ciudad de Clazomenes logró además de la inmunidad la soberanía en la isla Drimusa. Se restableció a los milasios el campo sagrado que no habían podido conservar durante la guerra. Quíos, Esmirna y Eritrea, que se habían distinguido por su adhesión al partido romano, recibieron las tierras que cada una deseaba y creía convenirle. Los focenses entraron en posesión de su primer gobierno y de sus antiguos dominios.

Tocó su turno a los rodios, que recibieron la Licia y la Caria hasta el Meandro, a excepción de Telmeso. En cuanto a Éumenes y sus hermanos, no satisfechos los comisarios con lo acordado en su favor en el tratado de paz, les dieron además Lisimaquia con el Quersoneso en Europa y las tierras y castillos que con éste confinan y que obedecían a Antíoco, y en Asia las dos Frigias, la pequeña, próxima al Helesponto, y la grande, la Misia, que ya habían conquistado ellos, la Licaonia y la Lidia, y las ciudades de Milíade, Trales, Éfeso y Telmeso. El rey de Pérgamo disputó con los embajadores de Antíoco, pretendiendo que la Panfilia estaba del lado de acá del monte Tauro. El proceso fue remitido al Senado. Todos los asuntos, o al menos la mayoría y los más necesarios, quedaron así arreglados, dirigiéndose el procónsul al Helesponto y confirmando durante el camino cuanto había hecho con los galos.

*Causas de la ruina de la monarquía macedónica*¹.

En esta época comenzaron las causas que produjeron la ruina de la casa real de Macedonia. Bien sé que algunos de los que han escrito acerca de la guerra de los romanos con Perseo le dieron otro origen, cual es la expulsión del rey Alezupor de su reino por haber deseado, tras la muerte de Filipo, apoderarse de las minas de oro y plata del monte Pangeo, tentativa que decidió a Perseo a declararle la guerra y a despojarle en seguida de todos sus Estados. La segunda causa sería, según ellos, la invasión de la Dolopia a consecuencia de esta guerra y la llegada de Perseo a Delfos; y la tercera, las asechanzas dirigidas en Delfos contra el rey Éumenes y el asesinato de los comisionados beocios. Estos diversos acontecimientos fueron, a juicio de los indicados historiadores, motivos de la guerra entre Perseo y los romanos.

Creo de gran interés, no sólo para los historiadores, sino también para los que leen con reflexión, conocer las verdaderas causas de sucesos que han producido tantas desdichas. Muchos escritores, no obstante, confunden, acaso por ignorancia, lo que podría llamar prólogo de los acontecimientos con la causa de ellos y de los sucesos antes referidos: los primeros son el prólogo, mientras el verdadero principio de la guerra contra Perseo y de la destrucción del reino de Macedonia únicamente dimana de los últimos hechos, es decir, de las asechanzas dirigidas contra el rey Éumenes, del asesinato de los comisionados y de los demás crímenes cometidos en esta época.

La causa de todos estos acontecimientos no fue en realidad ninguna, según probaré más adelante, pues, como manifesté que Filipo, hijo de Amintas, había dispuesto la guerra contra Perseo y que Alejandro se limitó a llevar a cabo los proyectos de su padre, manifiesto ahora que Filipo, hijo de Demetrio, concibió el proyecto de esta última guerra contra los romanos, preparando todos los medios de ataque, y a su muerte Perseo acometió la empresa. Siendo esto verdad, como demostraré, los preparativos no pueden ser anteriores a la muerte del que proyectó la guerra; suposición absurda en que incurren otros escritores, dando como causa de ésta acontecimientos anteriores a la muerte de Filipo.

1. El siguiente texto se debe a las investigaciones del cardenal Mai.